

Ella...

Viajera permanente,
celosa encubridora
de la vida.
Mujer ardiente
que posees ciegamente
en la aventura.
Tú, que de repente,
pones cordura en la locura.
Y aún así nadie quiere
conocerte.
Singular peregrina,
fiel cumplidora
de tu amargo destino,
no aceptes más la oscuridad
que portas,
descubre la belleza
de tu inmortal figura.
Enséñanos tu pelo
de agua del paraíso,
desnuda tu cuerpo
de misterio y hazte
amiga de los que tememos.

Emilio Porta

El hombre se queda fuera, en el porche, de pie, quieto.
La barca cambia, se acerca a la puerta convertida
en un bípedo con cara de pocos amigos, ojos
de refulgente metal, humana luz que ilumina
la penumbra. Es entonces cuando el anciano la ve,
flotando sobre la tierra, como una estatua perfecta.
El sol marca su silueta. Él la mira boquiabierto.
“Es un espejismo”, piensa. Ella se acerca despacio,
muestra el rojo de sus labios, la piel suave de una niña.
“¡Es tan bella!”, piensa el hombre. El pecho, adolescente.
El pantalón, ajustado. Cada curva es un imán.
“¡Es tan bella la locura!”, dice el hombre. Luego cierra
los ojos, lanza un suspiro, se da la vuelta y entra.
El interior de la casa está lleno de una música
suave, con olor a roble y a pan recién horneado.
“¿Ella es la muerte, verdad?” “Sí, el fin”, dice la barca.
“Apágate”. “Morirás”. “El amor es siempre eso,
un irse desvaneciendo en el otro”, dice el hombre.
El cerebro positrónico de la barca entra en conflicto.
“Morirás, esa apariencia de mujer es una burla.
Todo es ilusión, mentira”. “Es cierto, pero es tan bella”.
“Eso no es lógico”, dice la barca. El hombre calla.
“Ponme afuera una tormenta, deja que se moje, luego
apágate”, dice el hombre. La barca obedece. Cae
la lluvia sobre la tierra sedienta de Marte. Ella
mira las nubes, se deja empapar. Desciende, pisan
sus pies desnudos el charco. Camina, llama a la puerta.
El anciano se levanta. Su corazón late, como
el corazón de un muchacho enamorado. Suspira.
Cuando la puerta se abre todo el universo es nada.

la viajera

Santiago Solano